

sonalidad y es así como periódicamente entregan a las distintas sociedades y revistas médicas el producto de sus investigaciones.

Indudablemente que el motor central, el eje alrededor del cual gira, tanto la investigación como en la enseñanza, es el profesor Alessandri que ha tenido la inteligencia de saberse rodear de elementos de primera categoría. Aparte de esto ha tenido el tino de permitir que cada uno de sus ayudantes despliegue sus propias iniciativas estimulándolos en su perfeccionamiento y obteniendo, así, a través de cada uno de ellos, un mayor brillo del Servicio.

La labor docente del profesor Alessandri es ampliamente conocida, tanto en su Cátedra de Medicina como en los cursos de postgraduados. Sus alumnos han sabido apreciar y recuerdan con cariño las enseñanzas recibidas. El hecho de haber sido alumnos de su Clínica es un antecedente que exhiben con orgullo.

Doctor Alessandri: por los méritos antes expuestos la Facultad de Medicina de Concepción le otorga el título de Miembro Honorario y le ruega lo acepte en prueba de reconocimiento a sus condiciones de maestro y de clínico ilustre.

<https://doi.org/10.29393/At351-352-218DPRA10218>

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR JUAN MARIN, PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE EN LA SOLEMNE VELADA DE HOMENAJE A GABRIELA MISTRAL, EFECTUADA EN EL TEATRO MUNICIPAL DE SANTIAGO, EL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1954

Señoras y señores:

Gabriela, cumpla el más alto cometido de mi vida de escritor al hablarle en nombre de todos los escritores y artistas de Chile, y al hacerlo quiero valerme de esa voz cordial y amiga que es la suya, de imitar esa entonación sobria y serena despojada de todo oropel y de toda grandilocuencia que usted emplea en el arte y en la vida. Y así, simplemente, le digo: ¡Gabriela, sea usted bienvenida entre nosotros!

Desde el año de gracia de 1945 en que usted peregrinó a Estocolmo para recibir el laurel máximo que es dado a un mortal lucir sobre la sien, sus hermanos de Chile la esperaban en esta tierra que es suya y que la ama y a la cual usted a su vez, ha rendido tanto tributo de ternura. Ungida usted ya con el Premio Nobel de Literatura que es la llave que en nuestros tiempos abre las puertas de la inmortalidad, la esperábamos para darle las gracias por todo el bien que nos hizo y para decirle que su triunfo iluminó a Chile como el fulgor de la lanza de Atenea cuando iluminaba la Sacra Colina con luz de espíritu e intelecto; la esperábamos para decirle también, al oído, que su gloria acrecentó nuestra menguada estatura y que el resplandor de su consagración vistió momentáneamente nuestras flaquezas con un manto de riquezas espirituales totalmente desproporcionado a nuestra exigua anatomía de alma y que debido a ese préstamo espiritual que nos hizo hemos comprometido con usted cuantiosos créditos difíciles de pagar.

Ahora usted está entre nosotros y, aunque verdaderamente no sabemos cuáles son las brisas que empujan su velero argonauta ni hacia qué lado de la rosa apunta la aguja de su brújula, nosotros quisiéramos decirle que se quede en el solar nativo para que nos ayude a escuchar ese latido ausente del corazón de la Patria, a escrutar esa estrella que falta y que por eso enluta el pedazo de cielo que va desde el Ande al mar Pacífico, a buscar la senda perdida por donde llegaron hasta nosotros los tres Reyes Magos de nuestro destino que se llamaron valor, sobriedad y trabajo, peregrinos que un día se ausentaron sin mirar atrás tal vez para no convertirse en las míticas estatuas de sal.

En uno de los más bellos libros del Budismo Mahayánico, llamado el *Canon de los Preceptos de Oro*, se lee esta sentencia que parece haber sido escrita pensando en usted, Gabriela: "Antes de acercaros a la primera Puerta tenéis que aprender a separar vuestro cuerpo de vuestra mente, a disipar esa sombra que os sigue y a vivir en lo eterno. Y para esto es necesario que viváis y respiréis en cada cosa y cada ser de la misma manera que cada cosa y cada ser vive

y respira en vosotros mismos. Mientras más fundidos estéis con el Supremo Espíritu, mientras vuestra alma más estrechamente identificada se encuentre con "Aquel que es", más cerca estaréis de ese estado de beatitud incomparable que se llama la Absoluta Compasión".

Gabriela: quien lea los versos suyos y, se informe de su vida pura y ennoblecida por el dolor, comprenderá sin gran esfuerzo que usted llegó desde muy temprano a esa condición casi sobrehumana de la Absoluta Compasión y que ese amor que usted profesa a las flores y a los niños, a los pajarillos y bestezuelas, a los ancianos y a todos los seres desvalidos, deriva de que en usted Poesía es Religión y Religión es Poesía.

Los hombres de la Academia de Estocolmo vieron en usted, ciertamente, no a una simple versificación más o menos afortunada en sus metros y sus rimas, ni a la intérprete de un nacionalismo artístico de esencia indoamericana que, aunque muy altamente inspirado, adoleciera de las limitaciones de todo nacionalismo. No. Ellos supieron leer en todos y cada uno de sus poemas y aún en las entrelíneas las palabras transparentes de un mensaje moral, y casi, diría yo, religioso, que iba dirigido a toda la humanidad, un "recado" como usted dice, para todos los hombres y especialmente para los más humildes.

"La poesía actúa de una manera divina e instintiva, excediendo e iluminando la conciencia; la poesía salva de la muerte las visitas de la divinidad del hombre", escribió Shelley, el predestinado y caído Ariel de Europa. Con el mundo partido en dos, con el drama espantable de una guerra cruel y devastadora avanzando como los fantasmagóricos espectros de Apocalipsis sobre el horizonte, con la incertidumbre como atmósfera y la desconfianza y el miedo como normas, usted ha sabido guardar la serenidad y en cada ocasión ha dicho la palabra justa que además de justa sabe ser consoladora. Usted ha marcado el camino a todos nosotros al mantener siempre vivo el amor por los humildes, por la mujer y por los

niños, por todos los débiles y desamparados de la tierra, con una lealtad que todo escritor digno de tal nombre no puede dejar de intentar.

En el amor a su pueblo, que es una manera de amor a toda la humanidad, el poeta encuentra su más segura y substantiva fuente de inspiración: se ha de tocar la frente con los astros pero sin apartar jamás la planta dolorida, y hasta quizás llagada, del polvo de la tierra.

Gabriela: usted sabe lo que es un avatar: lo sabe porque encontró más de una vez consuelo en sus horas de prueba en los Libros Sagrados del Oriente y escuchó las voces puras que descienden de las nieves innombrables o que fluyen por los caudalosos ríos por donde viajaron los mensajes celestes. Apreciará entonces cuando le diga que usted es para nosotros una suerte de avatar, tal vez la última encarnación de nuestra raza y que fué elegida bajo los "signos de astros" que bien conoce, para que por usted hablara una vez más el espíritu. Le fué asignado a usted el alto prodigio de hacer reverdecer la hoja trémula de rocío que es la caridad y florecer el loto blanco y simbólico del amor. Le fué dada la varilla mágica que hace danzar a los niños en corros alegres y alza de la tierra a la mujer caída y sublimiza a la mujer ennoblecida por la maternidad. Y al dictar sus mensajes lo hizo usted con acentos que tienen el áspero sabor de los salmos del Viejo Testamento y que otras veces suenan con los roncós gritos de los profetas de Israel. Su palabra que se inspiró alguna vez en el "Baghavat-Gita" y en los "Upanishad" pero que siempre se nutrió de Cristo y del dolor divino para sublimar ese dolor terreno que ha lanceado su débil costado, expresó un ímpetu incontenible de fuerzas morales y recreó con transparentes alquimias la floración de las ideas-fuerzas de verdad y amor, humildad, compasión y fe.

Y de todas esas virtudes andamos cortos hoy en nuestra Patria y en el mundo, Gabriela; nos han escamoteado el alma a fuerza de consignas, de halagos y amedrentamientos y usted como mu-

jer oráculo es una de quienes más pueden ayudarnos a encontrarla. Su destino va atado al destino de su Patria chica como en aquel "pacto enorme" que se trizara en sus célebres *Sonetos de la Muerte*.

En estos días, desde su llegada, ha escuchado ya, apremiante, tensa y mantenida, la voz de su pueblo que la aclama y glorifica. Y usted que escribió antes aquella copla amarga con sabor a vigilia en Getsemaní:

*Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria . . . ,*

debe ahora cantar con la otra voz, con la de su estrofa inmortal, la de su "Credo":

*Creo en mi corazón, el que en la siembra,
por el surco sin fin fué acrecentando,
creo en mi corazón siempre vertido,
pero nunca vaciado.*

Es ese corazón "siempre vertido pero jamás vaciado" el que su pueblo le pide y el que queremos guardar con nosotros de hoy en adelante.

Aquí y no en otra parte están esas rondas de niños que usted cantara:

*Corro de las niñas
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡Oh, Dios, yo soy dueña
de este resplandor!*

Usted acaba de ver en estos días cómo en verdad es dueña de ese resplandor. Y aquí están también y son suyas como el corro de mil niñas, la asamblea de las madres y la ronda de las mujeres grávidas y la falange de las maestras que como las de sus versos "vestían sayas pardas y no enjoyaban sus manos" porque "era todo su espíritu un inmenso joyel".

Los severos jueces de Estocolmo al discernirle el Premio Nobel de Literatura vieron en usted a la creadora auténtica de una auténtica poesía que desbordando lo regional, lo sensorial y lo meramente musical trascendió al plano del espíritu. Nosotros reclamamos ese legado suyo, esa herencia legítima que nos pertenece porque es mutación y sublimación de lo nuestro.

Usted ha escrito: "Hay semillas de amor que el sembrador no ve caer, que se deslizan de sus dedos y brotan y le entregan flor y fruto un buen día, bajo sus miradas de asombro". Queremos, Gabriela, que esas semillas caigan sobre este largo, angosto y sufrido surco que es Chile a ver si ocurre el milagro, y quisiéramos poder asegurarle, también con sus propias palabras, que el día de su retorno "fué día de cosecha como lo son todos los días de los hijos de Dios".